

poderes territoriales y hereditarios capaces de distinguir la autoridad suprema.

La primitiva grandeza de los Carlovingios, y luego su debilidad, dan también elevación temporal al jefe espiritual del cristianismo, á la par que con los Abasidas el jefe de la fe queda reducido á los límites del santuario: recita el sermón oficial del viernes, y convoca á los que están llamados á resolver con él alguna cuestión teológica; pero el islamismo carece de aquel centro de vida y de operaciones que constituyó el inmenso poder del cristianismo.

Una de las preocupaciones históricas más vulgares consiste en llamar al siglo X edad de hierro, y en suponerle una ignorancia profunda y una civilización ínfima, como si no hubiera empezado á asomar alguna cosa mejor más que con posterioridad al año 1000. Aquellos que mediten sobre los hechos y no se resignen á admitir sentencias ya pronunciadas, hallarán, por el contrario, que el mayor caos de la sociedad y la ignorancia más intensa se encuentra en el siglo VIII, cuando aun no poseía ningún país una organización capaz de abarcar á las diversas poblaciones. Decae la antigua literatura, y todavía á la moderna no le han nacido las primeras plumas. Se disuelve todo lo antiguo, y aun no tiene estabilidad lo que nace: gobiernos, magistraturas, propiedades, todo se resiente de la impotencia de niños que hacen y tornan á hacer, aunque sin dirigir sus acciones á un objeto, ni saberlo alcanzar. Carlomagno, concediendo á los literatos una protección inusitada entre los bárbaros, combate la ignorancia; y propagando, semejante en esto á Mahoma, el cristianismo con el acero, ensancha el círculo de la civilización. El propendia á conducir el Occidente á la unidad por medio de una administración uniforme, de una política común, y sustituyendo al derecho local uno general. La restauración del Imperio fué una realización de este designio, aun-

que ni él, ni los papas, ni ninguno de los contemporáneos vieron claramente su extensión y sus consecuencias; pero con tal institución, apoyada en el único elemento vital que existía entonces, puso término al dominio disolvente y destructor de la barbarie, y abrió el camino de lo venidero.

Bajo la unidad soberana, introducida ó preparada entonces, se descubrieron los gérmenes de aquella independencia hereditaria, que es el carácter del feudalismo. Pues al paso que los dominios y las dignidades pasaban antes de mano en mano sin orden ni fijeza, Carlomagno les dió estabilidad, ora refrenando la invasión en lo exterior, ora disponiendo en lo interior esa cadena de dependencias mutuas. Así consolidó el terreno en que las razas germánicas, injertadas en el tronco romano, debían hechar raíces para producir la Europa moderna. Imperceptible hasta entonces el progreso por la necesidad en que la sociedad se hallaba de despertar de su abatimiento, se muestra ya evidente.

Hemos atribuido al carácter de Carlomagno la principal parte de sus grandes acciones; y la rápida decadencia de su obra, bajo sus degenerados hijos, suministra una prueba inequívoca de ello. Pero es sobrada injusticia asegurar que con él cayó todo cuanto había hecho: después de él subsiste la gran unidad de la cristiandad que impide á la Europa anonadarse completamente con el fraccionamiento de los feudos, y que le permite oponer una vigorosa armonía á la amenazadora barbarie del Norte y el Mediodía. Un número de literatos, siempre creciente en medio de los mayores desastres, prueba que el impulso sobrevivió á la mano que lo había dado; el ejemplo de Carlomagno será al principio una reconvencción para sus descendientes, y en seguida excitará el valor á emprender grandes y generosas hazañas; y la Italia, arrancada por él de la servidumbre del extranjero, desplegará el vuelo adelantándose á las otras naciones.

LIBRO DÉCIMO

Los Carlovingios.—Los normandos.—Los árabes.—Los eslavos.—El Feudalismo.—El Imperio trasferido á los alemanes.—Sus contiendas con el sacerdocio.—Reinos musulmanes.—Ciencia.

CAPÍTULO PRIMERO

LUIS EL PIO Y SUS HIJOS.

Es costumbre decir que el edificio construido por Carlomagno se desmoronó en pos de él, y que de tan vasto imperio nada quedó, del mismo modo que ha acontecido con el de Napoleón, cuya caída permitió á la revolución, contenida hasta entonces un momento por su robusto brazo, recobrar libremente su triunfal carrera. Sin duda el ascendiente de Carlomagno fué debido en gran parte á sus cualidades personales: su genio le había inspirado ideas de oponerse á nuevas invasiones que amenazaban llevar á cabo los árabes y los germanos, y al interior fraccionamiento reuniendo los Estados cristianos, sometiendo las razas extranjeras, estirpando las creencias enemigas, por medio de la guerra ofensiva y de las conquistas. Con un talento superior á su tiempo, con una actividad prodigiosa que le imponía como una necesidad coordinar y reformar, se sirvió de los restos de la civilización romana, de la libertad de los germanos que no habían abandonado su patria, para elevar un Estado, en que reuniéran las formas de la antigua administración imperial, el *poder de la corte*, como decían los contemporáneos, las asambleas nacionales de la Germania y el patronato militar. Fué á un mismo tiempo caudillo de guerreros, presidente de los campos de Mayo, emperador romano; y tamaña carga no pareció superior á sus fuerzas. Pero entre

sus hijos ¿cuál era capaz de gobernar un imperio que se extendía desde el Elba hasta el Ebro, desde el mar del Norte hasta la Calabria? ¿No había sentido él mismo el sacudimiento dado por el Septentrión á las cadenas con que le tenía sujeto? ¿No había encontrado en Córcega las naves de los árabes de España surcando el Mediterráneo, desde que les había cerrado todo otro camino? ¿Y podían libertarse del hambre los demás árabes de Cairuan de otro modo que entregándose á la piratería? Carlos había oprimido á las naciones: pero estas iban á sacudir el yugo.

De consiguiente debía aflojarse la unidad que él había impuesto; pero no por eso es verdad que desapareciera toda su obra. Ciertamente pereció todo cuanto adquiría vida de la actividad del monarca: ya no hubo un gobierno de donde partiera y al cual se refiriese todo el movimiento; se hicieron más escasas y menos poderosas las asambleas generales; decayeron los *missi dominici*, la administración central, el único poder director, pero se vio subsistir el gobierno local, condes, duques, vicarios, centenarios y beneficiados; así como el orden en que él había dispuesto las propiedades y las magistraturas, arrancándolas de la confusión en que se hallaban anteriormente, y dirigiéndolas hacia la independencia hereditaria, es decir, hacia el feudalismo. También duró el empuje que había dado

á los entendimientos, que desde entonces siguieron avanzando por la senda del progreso; y por último, aunque debilitado, no dejó de existir el imperio de Occidente.

Fueron detenidas las dos invasiones amenazadas; una á la falda de los Pirineos, otra junto al Wesser; y con los restos de aquel vasto imperio se forman reinos capaces de hacer frente al enemigo, no hallándose ya obligados á mantenerse constantemente á la defensiva para asegurar un territorio de fronteras movedizas, antes bien, dándose instituciones más ó menos regulares al abrigo de determinados confines. Sobrevienen nuevos bárbaros, pero por mar: temibles más bien en razón de sus estragos parciales que por los efectos duraderos de sus incursiones y que venían á afligir á las naciones, no á destruirlas.

Cárlos había previsto esta nueva plaga. Mientras se encontraba en la Narbonense, algunos piratas empujaron audazmente sus esquifes hasta el puerto, pero, sabedores de su presencia, se volvieron á hacer al punto á la vela. Apoyado Cárlos en un balcón, desde donde se veía el Oceano, permaneció silencioso por algun tiempo atónito, dejando correr sus lágrimas; dirigiéndose luego á sus leudos les dijo: «¿Sabéis por qué lloro? No es porque tema á esas gentes, sino que me aflige que mientras yo vivo se hayan atrevido á abordar á esas playas, y preveo cuantos males causarán á mis hijos y á sus pueblos (1).»

Mayor razón tenía todavía Cárlos para asustarse de los peligros interiores que de los de fuera. A su penetrante golpe de vista no se había escapado reconocer cuánto se inclinaban los magnates á atraer á sí la propiedad toda, ora despojando por el fraude ó por la violencia á los que dependían de ellos, ora sobrecargándoles con servicios personales y militares, á fin de que, reducidos al último extremo invocaran la servidumbre como un refugio. Era posible regularizar esta disposición, no oponerle obstáculos. Había reunido naciones de origen diferente; pero si los Merovingios no habían alcanzado á operar una fusión entre los francos, los galos y los aquitanios, ni aun entre los francos de la Neustria y los de la Ostria, todavía era más difícil borrar las indestructibles barreras del Rhin y de los Alpes; y no era creíble que los sometidos pueblos de la Sajonia, de la Bretaña, de la Baviera, de la España, de la Italia, se hubieran como naturalizado con los conquistadores, y mucho menos aun los tributarios que habitaban junto al Oder, el Theiss y el Garelano. La división hecha por Cárlos debilitaba á los suyos, al paso que no llenaba las aspiraciones de

(1) Chron. Mon. S. Gall, II, 22. «Scitis, o fideles mei, quod tantopere ploraverim? Non hoc timeo quod isti magis mihi aliquid nocere praevalent; sed nimium contristor quod, me vivente, ausi sunt litius istud attingere; et maximo dolore torqueor quia praevideo quantum mala posteris meis et eorum sint facturi subjectis.»

las razas; y en virtud de ellas veremos al imperio disolverse; al feudalismo preponderar sobre la monarquía; á la unidad vencida por el fraccionamiento; á cada baron hacerse centro de una sociedad reducida y casi independiente; á los magnates y á los obispos no ya ocupados en proteger el trono de los Carlovingios, sino en disputarse sus despojos.

Las ventajas de un grande imperio no pueden comprenderse sino con ayuda de sutiles teorías y combinaciones de fraternidad, superiores á las sencillas ideas propias de naciones nuevas, extrañas á las vastas asociaciones, y de escasas y limitadas relaciones sociales. Su complicado mecanismo deja á los pueblos á merced de sus gobernadores, ó hace que sean descuidados por el monarca, distante de ellos; á no ser que se les imprima dirección por una administración mucho mejor regularizada de lo que puede hallarse en un Estado recientemente formado é inexperto. Los condes, los embajadores, los obispos y los regidores, se movían con uniforme rapidez, mientras recibieron el impulso que les comunicó Cárlos; á la muerte de éste, no pudiendo heredarse á la par del título, su incomparable habilidad, aquella máquina demasiado velozmente combinada é impelida por un atrevidísimo auriga en una senda aun no allanada, necesariamente hubo de destruirse. ¡Infeliz el rey que llega en el momento en que va á estallar una revolución de que no es causa, pero que ni puede reprimir ni sabe guiar!

Tal fué la suerte que cupo á Luis el Pio, bajo cuyo mando se fraccionó el imperio de Carlomagno en tres grandes reinos, la Italia, la Francia y la Germania, sin contar los de menor estension, unos y otros de duración más ó menos corta. Habían perdido las diferentes naciones sus familias privilegiadas: los jefes sajones habían sido convertidos al cristianismo ó esterminados: el último rey longobardo había muerto en el claustro de Corbia; la dinastía de los Agilolfingos se había extinguido violentamente en la persona de Tassilon. Buscaron, pues, jefes en otro punto, y los mismos hijos de Luis se presentaron como tales. Al parecer se pusieron á la cabeza de una rebelión parricida, cuando no hacían más que realizar el voto de los pueblos aspirando á una existencia nacional. En Italia pasó el cetro de los Carlovingios á manos nacionales, de las que bien pronto se lo arrancan los extranjeros. Los sajones, que se sustituyen en Alemania á la raza de Carlos, establecieron á duras penas alguna armonía entre las diferentes poblaciones teutónicas, que aspiran al mando, ó entre las tribus eslavas destinadas á la obediencia: atraen hácia Germania aquel título de imperio que había hecho revivir Cárlos, y que se conserva allí hasta nuestros días para extinguirse en manos de Francisco II de Austria. Hasta la misma Francia cesa de obedecer á la descendencia de Pepino, que concluye en el fondo de los claustros, allí donde había dejado morir á los Merovingios.

Apenas subyugada por el orden y la civilización la primera muchedumbre de los bárbaros, aparecen otras detrás; y los eslavos al Nordeste, los normandos al Noroeste, fundan dos grandes potencias, Rusia é Inglaterra. La división impide resistir su invasión, y de esto resultan nuevas divisiones.

Debilitase el poder de Mahoma en la Arabia; pero surge en Persia con una fuerza á que jamás había llegado aquel país desde el tiempo de Ciro. Otros musulmanes amenazan la Italia, y el imperio de Oriente, lánguido residuo de la civilización antigua, situado en los confines de una nueva barbarie: detenidos los de España por los cántabros, se entregan al cultivo de las artes y de las ciencias, que suavizan sus costumbres.

En medio de estos acontecimientos se engrandece la autoridad eclesiástica, único poder organizador en medio del trastorno en que se regeneraban las familias y las sociedades. Llegan los pontífices al apogeo de su poderío. Tal es el cuadro á que nos esforzaremos en dar color.

Luis el Pio.—Luis, hijo de Carlomagno, mereció mejor el sobrenombre de Piadoso, que le fué dado por sus contemporáneos que el de Benigno, que la posteridad le ha conservado (2). Dotado de un carácter benévolo, tuvo las costumbres y las virtudes de un particular, y careció de las cualidades

(2) Los italianos le llaman á la usanza latina *Pio* en el sentido de bueno, como Virgilio hablando de Eneas: los alemanes entienden este sobrenombre en el sentido religioso, y le traducen por *Fromm*; los franceses por *Débonnaire*. Los historiadores de aquel tiempo son los siguientes: THEGANUS, *De gestis Lhodoivici*. Escritor de buena fe, aunque poco imparcial á veces.

ASTRONOMUS, *De vita Lhodoivici Caesaris*.
Vita Lhodoivici Pii de un anónimo, persona cercana al emperador é importante.

NITHARD, *De dissentionibus filiorum Ludovici Pii*. Era sobrino de Carlomagno y parcial de Cárlos el Calvo.

ERMOLDUS NIGELLUS, *Carmen in honorem Ludovici*. Estos y otros escritores están comprendidos en los *Monumenta Germaniae*, dirigidos hasta su muerte por Jorje Enrique Pertz, bibliotecario del rey de Hannover.

Sirven además: RIMBERTO, arzobispo de Hamburgo en tiempo de Luis el Germánico, que escribió la vida de San Anscario; el *Monje de San Galo*, que escribió según la tradición vulgar: RODOLFO de Fulda, *Anales sajones*, el único que parece haber leído á Tácito: ABBON DE SAN GERMAN, *De bellis parisiacis*, que cuenta el asedio de Paris por los normandos: REGINON, crónica hasta el año de 907; y también las cartas del *Codex Carolinus*, de Servato Lupo, de Hincmar y las Capitulares.

Introdujo mucho orden en la exposicion de aquellos hechos DES MICHELS, *Hist. de la Edad Media*. Consúltese asimismo á F. FUNK.—*Ludwig der Fromme, Geschichte der Auflösung des grossen Frankenreichs*. Francfort, 1832. DUMMLER, *Geschichte des Ostfränkischen Reichs*, Munich, 2 tomos. Forma parte de los *Fährbücher der deutsche Geschichte*, publicados por la Comision histórica de Munich.

E. MÜHLBACHEN, *Die Regesten des Kaiserreich unter den Karolingern* (Inspruch, 1880-83) en la reimpression de los *Regesta Imperii* de J. F. Böhmner, hecha por Ficker.

indispensables al hombre público para hacer el bien que deseaba. Educado esmeradamente por San Guillermo de Tolosa, profesó á la religion un amor cándido y ferviente, hasta el punto de considerar á los sacerdotes como superiores á toda grandeza humana. Su padre le obligó á dedicarse desde muy temprano á los negocios, y le confió el gobierno de la Aquitania, donde manifestó tanto cariño al pueblo, que de resultas concibieron celos los francos; y un sentimiento de justicia le indujo á restituir á los magnates de aquel país los inmensos bienes de que les habían despojado su padre y su abuelo. Por una precaucion delicada residia alternativamente durante el invierno en Doué, Chasseneuil, Audiac y Ebreuil, á fin de que la residencia real no causara á ninguna de aquellas ciudades una carga demasiado onerosa. Alivió á sus súbditos de muchos impuestos, y les eximió de abastecer de forrajes á las tropas, á pesar de las quejas de éstas.

En su mocedad ejerció su valor contra los árabes de España (3), enemigos de la religion y del país, y les quitó á Barcelona. Ascendido al trono, vuelve á enviar al claustro á los monjes Adalardo y Wala, sobrinos y ministros de Carlomagno. Gimiendo en virtud de los ejemplos de incontinencia dados por su padre y por sus hermanas, manda prender á los cómplices de estas princesas, y á ellas las envió á los monasterios, para vivir allí con las pingües rentas que les había señalado Carlomagno. Espulsa del palacio á aquella turba de mujeres (3), que habían trasformado el castillo de Herstal en un serrallo de emperador bizantino ó de califa; pero conserva en la corte y deja en el trono de Italia á sus hermanos naturales.

A las quejas, sofocadas hasta entonces por el poderío de Carlomagno ó por el fragor de sus victorias, prefiere Luis resolverlas en justicia. Ya para restituir á los aquitanios lo que les había sido arrancado indebidamente, se había reducido á tal desnudez, que no le quedaba otra cosa que dar más que su bendición (4). Libertó á los sajones y frisones de la ley tiránica que permitía á los obispos y á los gobernadores designar arbitrariamente los herederos, y les devolvió el derecho de sucesion: de esta suerte se hicieron tan adictos á su persona, como se habían mostrado respecto de su antecesor hosti-

(3) *Moverat ejus animum jam dudum, quamquam natura mitissimum illud quod a sororibus illius in contubernio exercebatur paterno; quo solo domus paterna inurebatur novo... Missit... qui aliquos, stupri immanitate et superbia fastu, reos majestatis caute ad adventum usque suum observarent. Omnem catum feminicum, qui permaximus erat, palatio excludi judicavit, prater paucissimas. Sororum autem quaque in sua, quae a patre acceperat, concessit.* ASTRON., c. 21, 23. *Omnes civitates regni et principes Italiae in hac verba conjuraverunt, sed et omnes aditus, quibus in Italiam intratur, positos obicibus et custodiis obscurant.* Id., cap. 29.

(4) Id. cap. 7.

les. Aseguró a los cristianos de España, refugiados en las Marcas, las tierras que les había señalado Carlos, y que les disputaban los ministros imperiales (5).

Pepino y Lotario, sus hijos, fueron enviados por él, uno á Baviera y otro á Lorena, con encargo de velar de cerca por el bien de aquellas dos provincias, y de hacer que les quedara á lo menos la sombra de un gobierno propio. Habiendo hallado los comisionados imperiales, al inspeccionar las provincias, un cúmulo de abusos, de despojos, de vejaciones respecto de las personas, quiso poner remedio á todo, y á fin de que los grandes no codiciaran las propiedades ajenas, les hizo liberalidades de sus propios bienes. Prohibió así mismo hacer mandas á las iglesias con perjuicio de los próximos parientes (6).

Hizo una tentativa para reducir las monedas á la uniformidad en toda la estension del imperio (7). Luis tomó bajo su patrocinio á los judíos dispersos por todo el universo, con la marca del oprobio que les imprimía la ignorancia ó una superstición cruel (8), y de este modo, menos vilipendiados, continuaron el comercio, que puede decirse mantenían por sí solos en el Oriente. Otros mercaderes fueron así mismo estimulados, aunque la prosperidad del comercio se hallaba gravemente estorbada por los privilegios concedidos á las naves de la Iglesia, que recorrían las costas y los ríos exentas de todo derecho.

Mostróse el nuevo emperador dócil respecto de la Iglesia, y secundó el celo de sus jefes para purgarla de las malas yerbas que no dan flor ni fruto. Esteban IV (816), llamado al papado en reemplazo de Leon III, después de haber hecho jurar al pueblo romano fidelidad á Luis, se escusó con el de haber tomado posesion, sin aguardar á que su eleccion hubiese sido confirmada. Luego se dirigió en persona, á la ciudad de Reims, á poner sobre la cabeza del elegido del pueblo y del unguido del Señor una riquísima corona que había llevado de Roma. En su primera entrevista, se prosternó el emperador tres veces delante del santo padre, y renovó la donacion; pero posteriormente dirigió

(5) *Capitular pro Hispanis.*

(6) *Capitular de 816.*

(7) «Habiendo establecido, respecto de la moneda, hace tres años, que desaparecieran todas las monedas particulares, queremos desde ahora que sea conocido por todos, á fin de que sin escusa alguna se pueda llegar prontamente á esta reforma, que hemos resuelto dar de término hasta la fiesta de San Martín para la ejecucion de este mandato, que está confiada á cada conde en su distrito. En su consecuencia, á contar desde este día, no se recibirá ninguna otra moneda que la de nuestro reino.» Ap. CANCIANI, III, 176.

(8) Agobardo escribió á Luis una violenta diatriba, *De insolentia judaeorum*, *Rer. Fran. Script.*, t. VI, pág. 367. El obispo de Tolosa podía abofetear tres veces al año al abogado de los judíos. *V. S. Theodori*, Id., t. IX, pág. 115.

sus quejas al pueblo romano, cuando habiendo muerto Esteban, después de un cortísimo reinado (817), fué elevado Pascual I, sin aguardar la sancion imperial.

En dos concilios celebrados en Aquisgram aspiró á restablecer la disciplina eclesiástica, y se esforzó en establecer la unidad, continuando el objeto que se había propuesto su padre en las órdenes religiosas, imponiendo á todas la reforma de San Benito de Aniano (9). Hasta envió al superior de cada convento un peso y una medida para la racion cotidiana de los monjes. Ordenó que un diezmo de la renta de la iglesia episcopal fuera destinada al sostenimiento de los pobres y de los viajeros. Impuso á los canónigos la obligacion de trabajar y de instruir á los jóvenes, por ser indignos de vivir á costa de la Iglesia aquellos que vejetan en estériles ócios. Segun el texto de estos decretos, no se hubieran debido ver conventos de mujeres dirigidos por clérigos, ni los de uno y otro sexo confiados al gobierno de personas seglares, que no tardaban en convertirlos en propiedades privadas; y los obispos hubieran debido cesar de calzarse la espuela y de ceñirse la espada (10). Sabiendo así mismo cuán importante cosa era la libertad de las elecciones, dejó al clero y á los monjes el cuidado de elegir los obispos y violado. Determinó lo que los monasterios debían al Estado como propietarios de tierras y dotados por él. De los ochenta y cuatro mayores, diseminados tanto en Francia como en Alemania, catorce fueron obligados al servicio militar y á pagar cánones; diez y seis tenían solo la carga de simples donativos; los demás solo debían oraciones (11).

Los homenajes que de todas partes se dirigían á Luis, parecían favorecer el feliz principio de aquel reinado. Bernardo fué el primero que llegó de Italia con objeto de renovar el juramento de fidelidad hecho á su tío. Grimoaldo le espidió embajadores para reconocer que tenía de su autoridad el principado de Benevento, y prometerle un tributo de 7,000 sueldos de oro; los príncipes daneses le eligieron para fallar como árbitro sobre las disensiones suscitadas á consecuencia de la sucesion del terrible Godofredo: á él confiaron los wílsos el cuidado de decidir entre dos hijos de su *krol*, que se disputaban la corona. Kindieronle homenaje los eslavos occidentales y los obotritas: renovó la paz,

(9) *Ludovicus fecit componi ordinarique librum, canonice vite normam gestantem; misit... qui transcribi facerent...; itidemque constituit Benedictum abbatem, et cum eo monachos strenua vita, qui per omnia monachorum euntes redeuntes monasteria, uniformem cunctis traderent monasteriis, tam viris quam feminis, vivendi secundum regulam Sancti Benedicti incommutabilem morem.* *ASTRONOM.*, capitulo 28; ap. *Rer. Fran. Script.*, VII, pág. 100.

(10) Véanse las actas de este concilio y las cartas de Luis. Id., pág. 334.

(11) *Constit. de monasteriis de 817.*

ó más bien la tregua con el califa de Córdoba. El emperador Leon el Armenio, le llamaba desde Bizancio, para que le socorriese contra los búlgaros, y determinaba en union suya los confines entre los dálmatas romanos, súbditos del imperio griego, y los dálmatas eslavos dependientes del imperio franco.

Engañosos preludios de prosperidad! Poco tardaron en desvanecerse las promesas péfidas ó vanas. Refrenados hasta entonces los magnates en sus propensiones arbitrarias, se prepararon á defender con la fuerza una tiranía, origen para ellos de poder y de riquezas, y la conducta de Luis vino en su auxilio.

Division.—A ejemplo de su padre, y para proveer mejor al gobierno, resolvió dividir el imperio y asociarse uno de sus hijos. Después de haber consultado á la dieta con este motivo, de haber pasado tres días en oraciones, ayunos y limosnas, dió á Pepino, su hijo segundo (817), el reino de Aquitania con la Gascuña, la Marca de Tolosa, Carcasona, Autun, el Avallonés y el Nivernés; á Luis, su tercer hijo, la Baviera, agregando la Bohemia, la Carintia y la Avaria; á Lotario, su primogénito, le destinó á llevar el título de emperador y á reinar en Italia después de la muerte de su padre, con la supremacia sobre los reinos de sus hermanos, para que en definitiva no hubiera tres Estados, sino uno solo. No podían hacer la paz ni la guerra sin su consentimiento, ni ceder plazas, ni celebrar matrimonios de príncipes, y él debía ser su heredero en caso de que murieran sin hijos: si los dejaba, en vez de dividirse el reino, debía el pueblo elegir á uno de ellos, y Lotario había de reconocerle, asegurándole la integridad de sus Estados. Si por su parte moría Lotario sin posteridad, la nacion podia conferir la corona imperial á uno de sus hermanos, bajo condiciones convenientes para asegurar la unidad y la salud comun (12).

Deplorable arreglo, que asociando la individualidad del imperio con el derecho electivo del pueblo, abría campo á inevitables disensiones. Por resultado de esto el primero que entró en liza fué Bernardo, quien, á pesar de su ilegítimo nacimiento, de los juramentos que á Luis había prestado, y de la constitucion misma que atribuía la preeminencia al hermano sobre el nieto, aspiró al imperio, como nacido del primogénito de Carlomagno y como rey de Italia. Fué impulsado á ello por los italianos, que descontentos de hallarse incorporados á un imperio extranjero, formaron una liga de príncipes y de ciudades, y fortificando los pasos que abrian camino á su territorio, alzaron por la vez primera aquel grito, que no ha cesado nunca, de librarse de los bárbaros.

Bernardo traspuso los Alpes con ellos (818); pero apenas se aproximaron los francos, cuando se desvaneció aquel repentino ardimiento, hasta tal pun-

(12) *Charta divisionis*, *Rer. Franc. Script.*, t. VI.

to, que se vió obligado á entregarse á la emperatriz Hermengarda, y por su mediacion se echó á los piés del emperador. Trasladado Bernardo á Aquisgram, fué condenado á muerte por los grandes vasallos, juntamente con sus amigos, á quienes denunció vilmente. Anselmo, arzobispo de Milan, Wolfoldo y Teodulfo, obispos de Cremona y de Orleans, fueron degradados en un sínodo y desterrados. Teodulfo se dedicó en el destierro á la poesia, no cesando, á semejanza de Ovidio, de lamentarse, de protestar de su inocencia, y de quejarse de que se negaran á un obispo las garantías otorgadas al más vil siervo (13). Olvidaba que se trataba de un crimen de Estado. El emperador perdonó la vida á los demás, si bien á sugestion de Hermengarda, permitió que se les quemaran los ojos con un hierro candente; en cuya operacion sucumbió Bernardo, y Luis le lloró.

Llegando á serle sospechosos los hijos naturales de Carlomagno, que le habían sido tiernamente recomendados por su padre, los confinó á diferentes monasterios (822); pero en breve se arrepintió de haber observado semejante conducta, y quiso hacer públicamente penitencia. Convocó en el palacio de Attigny á los magnates y á los obispos de su nacion (agosto de 822), y después de haberse acusado públicamente de crueldad, inercia, y negligencia, demandó perdon á Dios y á la nacion. Desde Teodosio jamás se había visto á ningun monarca ceder de este modo al imperio de la conciencia; pero este acto de humildad magnánima fué calificado de flaqueza: los obispos comenzaron á abusar de un poder cuya importancia conocieron entonces; por lo que hace á los magnates, consideraron que la magestad del imperio se encontraba envilecida, y que se había inferido insulto á la pretendida equidad de la condena dictada contra ellos; á mayor abundamiento, los hijos de Luis perdieron todo respeto hácia la persona de su padre, y precisamente desde este acto arranca el principio de la decadencia de los Carolingios.

Hijos de Luis.—Luis, después de la muerte de Hermengarda, se había casado con Judit (819), que entre las hijas reunidas de sus vasallos, le había parecido dotada de mayores atractivos. Nacida de una madre sajona y de un conde bávaro, pareció vengar á estas naciones con daño de los francos. Instruida en las letras, en la música, en la danza, y en todas las artes más cultas (14), sometió á su

(13) *Servus habet propriam, et mendax ancillula legens Ospilio, pastor, nauta, subulcus, ayans. Proh dolor! amisit hanc solus episcopus, ordo. Qui labeficitur nunc sine lege sua. Non ibi testis inest, iudex nec idoneus ullus...* *Cámen ad Ajulfum episc.*

(14) *Si agitur de venustate corporis, pulchritudine superas omnes, quas visus vel auditus nostra parvitas comperit reginas... In divinis et liberalibus studiis, ut tua eruditionis cognovit facundiam obstupui.* Así dice el obispo Erculfo, *Rer. Franc.*, VI, 335; y Walafrido, idem, 268.